



El Eco de Cartagena

Año XXXII.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9074

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANÍA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE CÍZAGA, n.º 1 (Pasaje de Recoletos).

GARANTÍAS

Capital social efectivo... Pesetas 12.000.000
Primas y reservas..... 40.697.980
Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 43.301.675,53.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viuda de Soro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

JUEVES 28 DE ENERO DE 1892

EL RICILLO RUBIO

I

¡Pobre Milín!... Estaba inconsolable. El primer recuerdo que aquella mañana, cuando despertó en su cama de niño mimado, acudió á devolverle la conciencia de la vida, fue el de su inmensa desdicha.

Había llegado el día triste... justamente... jueves, primero de Octubre... el día señalado... aquella misma noche se marchaba Fifina, con su papá al colegio de Pau, donde iban á encerrarla... ¡tan lejos!... ¡y ya no la vería más!

Y los ojos de Milín se llenaron de lágrimas, al pensar en aquella separación que él sabía que iba á ser eterna...

Cuando entró su mamá á vestirle, aquellos dos lagrimones que bajaban lentamente por las frescas y coloradas mejillas de Milín apresu-

ros á Biarritz, y jugaréis los dos en la playa... Ya verás, ya...

Y así continuó consolando á su hijo con promesas y dichas futuras, que, poco á poco, iban haciendo olvidar el dolor presente.

Poco después, cuando su madre, arrodillada delante de él en la alfombra, estaba poniéndole la corbata, quedóse Milín mirándole fijamente á los ojos, y con toda la seriedad de una persona mayor.

—Oye, mamá—exclamó—¿de qué sabías tú que Fifina y yo éramos novios?

—¿De qué lo había de saber?—repuso ella, riendo mucho la gracia—de que así tenía que ser, porque sois los dos muy guapos y os queréis mucho.

—Yo á ella sí—replicó el pequeño con tono melancólico;—pero ella no me quiere... le he pedido un recuerdo, y no quiere darme...

—Y ¿qué recuerdo te va á dár, trasto?

—Un poco de pelo; pero dice que no, porque tiene una trenza muy hermosa y no quiere estropearla... Ya ves, un poquitín... y ahora que se marcha...

Y como viera la madre que volvían las lágrimas á los ojos del diminuto enamorado, le consoló como pudo, y se fue á contar con orgullo á toda la familia las gracias de su encantador chicuelo.

Por la tarde, cuando Fifina y su padre fueron á despedirse de la familia, aprovechando la niña un momento en que estuvo sola con su novio, le puso en la mano un papel muy doblado, y cerrándole ella misma los dedos, «no lo abras hasta que me haya ido», le dijo.

Después de la dolorosa despedida, con los ojos todavía nublados por las lágrimas, desdobló Milín el papel que le había dado su prima, y le sirvió de inmenso consuelo el encontrar dentro de él aquel mechoncito de pelo que no esperaba ya obtener, y que Fifina se había decidido á cortar, enternecida ella

también por aquella separación tan triste.

II

Pasaron años y años, y ya hacía mucho tiempo que Milín se llamaba Emilio y no lloraba, cuando despertó una mañana en su solitario cuarto de estudiante, y una sonrisa, que delataba gratísimos recuerdos, apareció en su rostro inundado de alegría.

Había llegado el día feliz... justamente... era jueves... 1.º de Mayo... el día señalado...

Y Emilio se vistió de prisa y se lanzó á la calle á pasear su alegría y su impaciencia, que eran muy grandes y no cabían entre cuatro paredes.

Llegó la noche, y el dichoso enamorado, dos horas antes de la señalada para la cita, comenzó á vestirse, poniendo en la operación el más exquisito cuidado.

Antes de la hora convenida ya estaba él paseando arriba y abajo por aquel callejón sin salida, infecto y oscuro, sintiendo frecuentes estremecimientos de impaciencia y fuertes latidos con que el corazón le golpeaba el pecho.

La silueta de una mujer que se dirigía hacia él presurosa, surgió, por fin, de las sombras de la noche.

—¡Julia! ¡Cuánto has tardado!—exclamó Emilio cuando se cercioró de que era la que esperaba.

—No me ha sido posible venir antes—replicó ella;—mi marido se ha marchado ahora mismo... ¡Qué locura!... He sentido tentaciones de no venir...

—¡De no venir!—dijo él como si oyera una blasfemia.—¿Hubieras sido capaz de eso?

—Ya ves que he venido dijo Julia;—pero he hecho mal; tú mismo me despreciarás muy pronto.

—¿Despreciarte yo?—dijo Emilio con acento apasionado—¡eso es imposible!

Y un beso, seguido de un grito de mujer asustada, resonó en la oscu-

ridad. Después creyeron oír ruido de gente que se acercaba, y con pasos presurosos, Julia y Emilio se perdieron por un laberinto de callejuelas estrechas y solitarias.

Cuando, al día siguiente entró Emilio en su casa ojeroso y pálido, con el cuello del gabán levantado, titiritando de frío, se estremeció al oír á un criado que le decía:

—Señorito, tiene usted una carta sobre la mesa de su cuarto.

Corrió á su habitación, rompió el sobre que encontró la mesa, sin detenerse á examinar la letra, y comenzó á leer con avidez la carta que decía así:

«Querido primo: aunque hace un mes que no me escribes, no quiero creer todavía que me olvidas.»

Emilio suspendió la lectura y se quedó un momento mirando, con expresión entontecida, el papel que tenía en las manos. Levantóse luego, de repente, como impulsado por una fuerza irresistible; cogió del fondo de un armario un tarjetero viejo, olvidado allí hacía tiempo; sacó de él un papel muy doblado; lo abrió con mano temblorosa, y Emilio que no lloraba hacía ya muchos años, lloró como en los tiempos en que le llamaban Milín, besando con el alma puesta en los labios un mechoncillo de cabellos rubios que había sacado de aquel papelucho arrugado y ennegrecido por el tiempo.

SATURNINO ECHENIQUE.

VARIEDADES

EPEMÉRIDES HISTÓRICAS

28 DE ENERO DE 1810.

Invasión de Granada por los franceses.

La provincia de Granada fué de las últimas que sufrieron la invasión de los soldados de Napoleón Bonaparte, puesto que hasta la fecha arriba citada no pudieron ha-

UN DRAMA EN NAPOLES.

59

—Gracias.

No gastéis cumplidos! Yo estoy acostumbrado á estos ruebles de provincia, mientras que vos habéis visto satisfechos todos vuestros deseos desde la niñez... por qué desde que nacisteis, sois rico, dichoso mortal! Venid, con la mano puesta en el corazón—yo soy muy cabal en mis asuntos—en cuanto os apreciáis?

Della Porta dió un respingo:

—No esperaba una pregunta tan... precisa, y confieso que...

Fra Giacomo miró su reloj.

—Tenemos todavía doce minutos para chancearnos, dijo pasado ese tiempo no me pertenezco. Ese hábil Cipriano la Galla que habéis visto, se encargará de continuar la conversación. Decíamnos mi querido huésped, que os estimábais en trescientas mil liras, no es verdad? Reparad lo franco que soy yo; indico enseguida una cifra redonda... Nada de céntimos adicionales, nada de residuos, nada de intereses usurarios, un número redondo, una cifra muy notable por su redondez. Trescientas mil liras por devolveros vuestra libertad; está dicho, palabra de honor!

—Ay! observó Domenico, de dónde queréis que tome semejante cantidad?

—De vuestra caja, sencillamente.

—Está vacía.

—Necacuam. No soy adivino, pero desde aquí veo el interior de vuestra caja como si estuviera dentro.

58

EL ECO DE CARTAGENA.

hombre seguro, lleno de celo, atrevido [habéis podido juzgar por vos mismo esta última cualidad]; es una notabilidad para los raptos, hace desaparecer á quien quiera que sea, como Bosco escamotea una moneda. Ah! eso sí, inflexible en materia de disciplina: siempre le doy el encargo de meter en cintura á los malos camaradas y para ello le concedo plenos poderes. No podéis imaginaros siquiera lo bien que ahorca... dan ganas de ser colgado por él. Y si—lo que Dios no quiera—por una razón cualquiera llegáis á pasar por sus manos, os recomiendo su manera de operar. Es tan diestra, tan pronta, tan elegante, que los condenados olvidan algunas veces su suplicio, para admirar al artista. He visto algunos, caballero, que han estado á punto de gritar bravo, mientras les ponían la cuerda al cuello; y sin embargo no dejaréis de confesar que en semejante momento se piensa por lo regular en otra cosa diferente que en dar muestras de aprobación.

Cipriano la Galla al oír el elogio de sus méritos, se había inclinado con la falsa modestia de un artista que recibe un cumplimento. Parecía muy satisfecho cuando fue á reunirse con sus compañeros en la habitación próxima.

—Y ahora que estamos solos, dijo Fra Giacomo cruzando sus manos sobre el vientre como un negociante que vá á discutir las condiciones de una operación comercial, hablemos un poco, queréis? Estáis á gusto en esa banqueta? Queréis un sillón?

UN DRAMA EN NAPOLES.

55

primitivo, componían toda la casa. En la última habitación y sobre una mesa, había una lámpara encendida.

—El jefe está ahí? preguntó el sargento al campesino.

—Aquí estoy, respondió una voz.

Un hombre, medio oculto por la sombra en un rincón, se levantó aproximándose á la lámpara, y Della Porta pudo reconocer en él, al misterioso desconocido del café de Europa.